



Salpicón de personalidades

Entrevistas

Ana María Cano
Fundación Simón y Lola Guberek,
Bogotá, 1985, 311 págs.

La Fundación Simón y Lola Guberek reunió, en el octavo volumen de su Colección Literaria, entrevistas que para el diario El Mundo, de Medellín, realizó entre 1980 y 1983 Ana María Cano Posada, nacida en esa ciudad, en el 56, y quien en 1982 obtuvo el premio Simón Bolívar en dicho género periodístico.

El libro es un verdadero salpicón de personalidades, lleno de sorpresas. En veinticinco textos, hombres y mujeres hablan de ellos, de ellas, de sus vidas y trabajos, de sus ilusiones y realizaciones, del país, de lo bueno y de lo malo. Sentarse a leer *Entrevistas* es meterse en la vida de estos personajes, con sus mentiras y verdades, con sus actos de contrición y sus vanidades, hilados algunas veces por preguntas que van llevando a descubrir el humor o la inteligencia, la sensibilidad y los juicios de los entrevistados y de la entrevistadora. Escritores, compositores, músicos, poetas, humoristas, pintores, creadores, hombres y mujeres de Colombia al servicio de la sociedad, hasta ellos llega Ana María Cano, a tocar a sus puertas, a descorrer velos, a desdibujar los mitos, a encontrarse con sus humanidades, hasta meterse en lo cotidiano que baja al héroe de su pedestal.

Comienza con la espeluznante crónica *Yo estuve en la corraleja negra*. Espeluznante, porque nos arrastra hasta ese dolorido enero de 1980

en Sincelejo, donde “ninguna mujer pensó que aún con la cabeza enrulada, emprendería carrera para buscar entre los escombros a su muerto” (pág. 10). Un abrebocha de presentación de la periodista con su lenguaje.

Luego vienen, desgranadas una a una, las sorpresas: *Conversación con Teresita Gómez*, la pianista antioqueña. Un poco en desorden, Ana María Cano va hilvanando los gestos, las risas, los ensimismamientos, las confidencias con palabras, frases, párrafos pescados en los momentos de la conversación. No hay preguntas, es toda redonda. Así se va una enterando de cómo vive y siente y sufre la música esta mujer, de cómo cuando ella “sale a sentarse al piano el milagro vuelve a suceder” (pág. 26)

En ese mismo tono está escrita *Las Bravas*, divertido mano a mano con dos hermanas, también paisas: Marta Elena y Anita Bravo, administradoras de la cultura, para quienes “el placer más grande es conversar, que es algo que se está perdiendo por comunicarse la gente con un aparato” (pág. 120). Y así, conversando, ellas hablan desde muy adentro de sus vidas y trabajos y de ellas. Entonces Ana María Cano habla con el uno y con la otra, con Guillermo Zuluaga (Montecristo), y él le dice: “Lo más agradable de esta profesión mía es que todo el que me saluda me saluda sonriendo” (pág. 133). Y Olga de Amaral, la tejedora del arte para quien “todos estos ingredientes: maternidad-mujer-tierra (tejer es como labrar un surco equivalente) están presentes en su obra (pág. 142). Y cae también don Alonso, el “Príncipe de la Noche”. Alonso Arcila, el genial administrador de una de las sintonías más nutridas de las cálidas madrugadas de Medellín: Los habitantes de la Noche. Y la tertulia con Marta Traba en su cuarto de hotel, con sus amigas, donde ellas también intervienen y se vuelve un ameno costurero de ideas y anotaciones acerca del arte y la literatura. Y Consuelo Lago contando de su Negra Nieves como si hablara de un personaje de carne y hueso. Y Nicenor Restrepo Santamaría, que nece-

sita del sentido del humor porque, si está veinticuatro horas disfrazado de gobernador, ahí sí le llega la neurosis o se enloquece rapidito (pág. 207). Y Blas Emilio Atehortúa, que estudio música con regla de cálculo, y Beatriz González, que le ganó en metros al maestro Pedro Nel, y Guillermo Angulo, “uno de Anorí a consúl en Nueva York”, y Grau, que quiere morir sabiendo, que no le quiten su muerte que es suya. Ana María va dejándose llevar por los entrevistados a ratos, a ratos ella los guía, para armar su texto que teje con sus comentarios y que nos muestran esa otra parte que ella ha descubierto detrás.

También están las entrevistas que Ana María presenta conducidas por sus preguntas poco agresivas o incisivas o atrevidas (solamente en el caso de Daniel Samper sí lo hace, quizás porque él se lo merezca). Preguntas tranquilas que van llevando aquí o allá, pero también trabajadas con sus comentarios y sutilezas, que nos hacen pasear por la vida y hechos del entrevistado o que recrean el momento de la cita, el espacio, y un poco lo íntimo de la situación, sin abusos. Eso es bonito, el lector podrá entonces sentirse un poco ahí sentado en el bosquejo del momento, ya sea en el despacho —“no tan ancho como alto y el rosado niña de las paredes le da el sabor de una habitación de quinceañera” (pág. 49)— de doña Nydia Quintero cuando era la primera dama; o con el maestro Longas, a quien le gusta el ciprés para tallar, porque quiere el color claro que tiene como de piel (pág. 66); o con doña Berta, “antioqueña pero en la dosis justa que no se queda en la ‘paisada’ o en el ‘desjarrete’, política desde que estaba de brazos...” (pág. 73); o esa otra, con el personaje ausente, doña Sofía Ospina de Navarro, donde hablan sus hijos y sus nietas; o con Jaime R., con la música por ahí, “una tentación para un hombre que tenía el corazón hablantinoso y que estudiaba ingeniería química” (pág. 182); o Elkin Restrepo, “el poeta curtido”; o Santiago Cárdenas, para quien “no es gracia ser tan buen pin-



Rafael Pombo, s.f. Dibujo a tinta china sobre papel.
Caricatura, 30 x 20 cm. Colección Biblioteca Luis Ángel Arango.

LOS PINTORES COLOMBIANOS Y LA CARICATURA

A partir del siglo XIX, marcado universalmente por el auge de la caricatura y por el poder de la imagen impresa, los artistas colombianos, herederos de la aguda observación de la expedición botánica, practicaron la caricatura. Jose María Domínguez Roche (1788-1858), José María Espinosa (1796-1883), José Manuel Groot (1800-1878) y Ramón Torres Méndez (1809-1885), conforman el grupo inicial de pintores que encuentran en el género de caricatura un modo de expresión con el que denotaban su mirada al entorno, a las costumbres o su crítica e inconformidad con las situaciones de orden político y social. Algunos como Ramón Torres Méndez se vinculan a periódicos satíricos con disimuladas intenciones políticas como los *Matachines ilustrados* de 1855.

Alberto Urdaneta en la década del 70, conforma todo un capítulo de la caricatura colombiana. Es un artista que entiende este género como arma política. Su periódico *Los mochuelos* de 1877, y la serie de caricaturas contra el gobierno de Aquileo Parra indican cuál era para él, el sentido de la línea y del lápiz.

Muchos artistas colombianos practican la

caricatura, algunos académicos como Epifanio Garay (1849-1903), encuentran una manera de dibujar que los conduce al expresionismo y otros se vinculan a ella como medio publicitario. En el siglo XX se pueden mencionar a Coriolano Leudo (1866-1957), Fidelo Alfonso González Camargo (1883-1941), Débora Arango (1910), Carlos Correa (1912-1985), Omar Rayo (1928), entre otros. Muchos como Leudo se caracterizan a sí mismo y a sus compañeros de exposiciones.

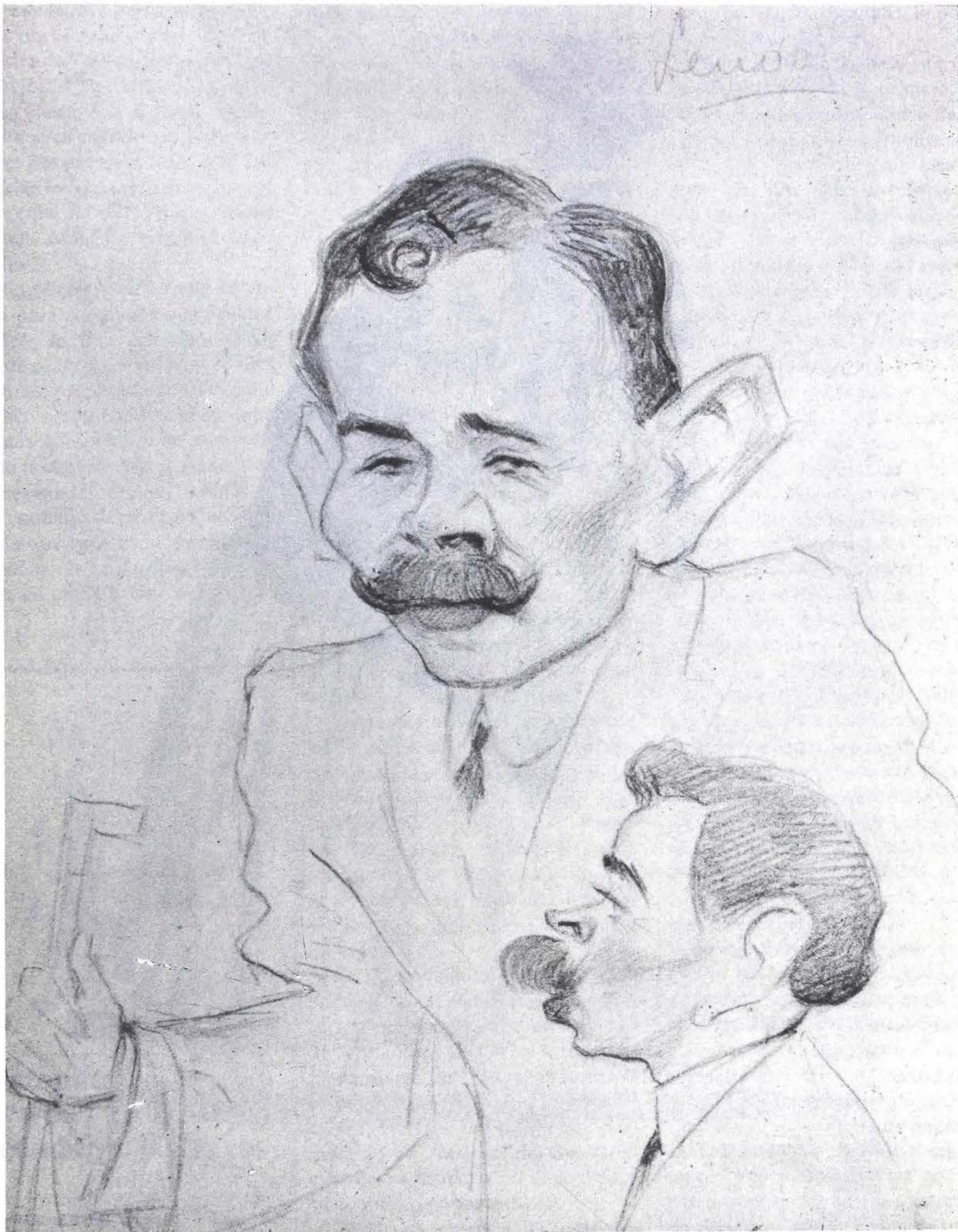
Hoy en día la caricatura está tan estrechamente integrada al arte figurativo moderno que en muchos casos es difícil deslindar los terrenos de un género que ha participado desde sus comienzos de la ilustración, el periodismo, la literatura, el grabado, el dibujo, la fotografía, el cine, la sociología y la psicología.

El Boletín cultural y bibliográfico presenta algunos ejemplos que indican la adhesión de los pintores a este género. Las presentes caricaturas formarán parte de las exposiciones "Bogotá y la caricatura", en noviembre de 1986 y "Caricatura colombiana", en 1987.

BEATRIZ GONZÁLEZ



Miguel Díaz Vargas ca. 1914. Dibujo a lápiz sobre papel. Caricatura, 29 x 22 cm.
Colección Biblioteca Luis Ángel Arango



Jesús María Zamora. Ca. 1914. Dibujo a lápiz sobre papel. Caricatura, 29 x 22 cm.
Colección Biblioteca Luis Ángel Arango



El democrático con su cachaca, s.f. Acuarela sobre papel, 35 x 25 cm.
Colección particular.

tor cuando a los dieciséis años se pueden pasar horas en el Museo Metropolitano de Nueva York mirando las mejores obras de la historia del arte y discutiendo con su hermano cuál es la mejor" (pág. 267); o esa otra deliciosa charla con el poeta Álvaro Mutis en una especie de costurero con otros dos poetas hablando de eso que hablan los poetas; o el momento con el genial Alfredo Iriarte, quien fuera bebé Maizena; o con el Loco Jaramillo.

En fin, *Entrevistas* es una entretenimiento para aquellos a quienes nos gusta leer lo que dicen los otros acerca de sus propias vidas, verdades y mentiras; preparado con lenguaje tranquilo y cotidiano, de ese que llega más allá. Hay unas mejores, otras no tanto, así, lo que van dando los entrevistados. Es una lástima, sí, el buen puñado de errores de mecanografía que se le pasó al corrector de pruebas; es imperdonable, aunque sea en una edición de bolsillo.

DORA CECILIA RAMÍREZ



Christopher Isherwood en la tierra del cóndor y las vacas

The Condor and The Cows:
A South American travel diary
Christopher Isherwood
Random House, Nueva York, 1948,
217 págs.

"Bogotá es una ciudad opaca tan sólo en los suburbios, pues el centro se muestra lleno de personalidad y con-

trastes. En ninguna parte he visto tantas librerías. Y es que Bogotá tiene fama por su cultura. Se dice —según lo registra John Gunther— que hasta los limpiabotas citaban [Marcel Proust]. Bogotá es una ciudad conversadora. Mientras uno transita por la calle, ha de eludir tropezar con parejas o corrillos enfrascados en animada charla. Igualmente, los cafés y los salones de té rebozan de contertulios, cada uno provisto de su respectivo periódico, para comentarlo o simplemente para agitarlo en el aire".

Christopher Isherwood, quien abandonó su patria —Gran Bretaña— para radicarse en California, murió hace poco. Su aguda capacidad de observación lo hizo famoso. Lo que relatara acerca de Berlín de preludios del nazismo es ampliamente conocido, sobre todo gracias a *Cabaret*, la película de Bob Fosse protagonizada por Liza Minnelli. En cambio, muy pocos conocen los comentarios sobre Colombia y Argentina que incluyó en *El Cóndor y las Vacas*, uno de los libros de Isherwood de menos éxito y mayormente olvidados.

Tal como aclara el propio autor en el prefacio, "aunque el sentido del título sea evidente, acaso valga la pena explicar que el Cóndor es el emblema de los Andes y sus montañosas repúblicas, mientras las vacas representan las pampas, que producen vacas, o más específicamente —sin ánimo de ofender— representan a la Argentina".

El único viaje del escritor británico —estadounidense por nacionalización— a Suramérica, comenzó el 20 de septiembre de 1947 y terminó el 27 de marzo de 1948, cuando zarpó el buque francés que lo llevó a El Havre. De esos seis meses que permaneció en América del Sur, sólo estuvo seis semanas en Colombia y cinco en Argentina.

Viajó en compañía del fotógrafo estadounidense William Caskey, de 26 años, Isherwood, a la edad de 43 años, llegaba provisto de las experiencias que le habían dejado dos decenios de viajes por Europa, Norteamérica y Asia. Contaba con contactos en las capitales, así como con fácil

acceso a los círculos literarios y periodísticos de las ciudades que visitaría: Cartagena, Bogotá, Popayán, Quito, Lima, La Paz.

Al final de la travesía marítima desde Nueva York, la primera relación con una persona nativa de Colombia ocurre en el vestíbulo del hotel Caribe, de Cartagena: una elegante señorita —que, por cierto, había viajado en el mismo barco que Isherwood— se le acerca para proponerle la compra de dólares al precio del mercado negro. Los incidentes vividos con la aduana y los guías de turismo —"a los turistas los embarcan con fechas, estadísticas e información histórica inexactas y palabras mal pronunciadas"— provocaron la "furia asesina" del escritor. Para completar la experiencia típica de todo individuo que se aventura por el tercer mundo desde que, hace años, —o hace marras—, los europeos lo descubrieron, un taxista lo extorsionó y el primer día, en el hotel, desapareció del balcón del cuarto su pantalón de baño.

Cartagena "empieza a vivir de noche. Como polillas, bajo e resplandor de los faroles, con la ropa blanca y vaporosa, aparecen sus habitantes, animados e insustanciales. Criatura de distinta zona, siento el clima pegajoso y denso. Ellos en cambio, se adaptan físicamente y mentalmente a este clima cálido y húmedo, que se ha convertido en parte de la naturaleza [de los cartageneros]".

A fin de tomar un barco que remontará el río Magdalena, viaja en taxi a Barranquilla, donde se aloja en el hotel del Prado. En la mesa contigua a la de los viajeros, cena el doctor Jorge Eliécer Gaitán, "uno de los más prominentes líderes políticos de Colombia;" un amigo que había hecho durante la navegación desde Estados Unidos calificaba a Gaitán de "demagogo peligroso que se refiere siempre a su sangre indígena".

Isherwood vio a Gaitán "fornido, tirando a ser de baja estatura, acusadamente moreno, sagazmente atento, amable pero frío. Capaz, en el momento oportuno, de lanzar gritos de guerra y gesticular con apasionamiento, en reposo se torna tan impa-